

SOS: una parábola tonta

JOSE ANTONIO ABELLA

Hace un par de semanas, con motivo de un artículo mío de indios y acueductos, me dijo un amigo que no acertaba a ver el nexo entre los cheyenes y los romanos; espero que hoy le quede clara esta relación:

EL indígena fue trepando por el canalón hasta llegar al tejado. Sobre el carmín de las tejas crecían líquenes y musgos. Eran tejas árabes, colocadas a la segoviana, en esas hileras sin encastillar que tanto sorprendían a los viajeros que llegaban por vez primera a su ciudad. Ya en lo alto, el indígena fue pisando con sumo cuidado, acaso para no resbalar en la escarcha que todavía cubría el umbrío de las tejas, o para no descolocarlas, o para no romper aquella sombra con la que el sol tibio de la mañana dibujaba sobre el tejado los arcos del Acueducto.

En ese momento, como si hubiese estado esperando la contraseña de sus pasos, la chimenea del mesón comenzó a exhalar una gruesa columna de humo, vertical y gris al principio, lobulada y envolvente apenas el sol, recién salido entre las torres de San Justo y El Salvador, abrazó la fumarola de su talle con olor a retama y cochinillo.

Llegado a la chimenea, con el aire descuidado de un personaje de abuelo, el indígena se quitó la capa de terciopelo que cubría su desnudez y, tras meter su mano derecha en la bo-

ca de la chimenea, comenzó a pintar-se con hollín, a rayas negras y oblicuas, como si quisiera reproducir en su cuerpo las nervaduras de una hoja de arce, como un jefe de tribu que preparase su propia guerra, como un chamán dispuesto a conjurar a los espíritus del aire.

Si hubiera sido cualquier día laborable, acaso alguno de los funcionarios que a esa hora cruzan el Azoguejo para acudir a las oficinas de la Delegación de Hacienda se habría percatado de su presencia y, al llegar a su despacho, telefoneado a la policía o a los bomberos a tiempo de evitar el desastre. Pero era domingo y las calles estaban desiertas todavía, por lo que sólo los ayudantes de cocina del mesón pudieron notar que algo raro sucedía: «¡Qué diablos le pasa hoy al horno!», repetían entre una retahila de juramentos, envueltos en humo, cada vez que el indígena tendía su capa para hacer extrañas señales humeantes en el cielo de la mañana.

Por el negro orificio de la chimenea salieron primero tres grandes bolas de humo blanco, mullidas como corderos de algodón que fueron volando con un trotecillo feliz hasta los arcos del Acueducto, donde comenzaron a roer los líquenes y yerbas que habían arraigado entre los sillares de granito.

Después salieron los fustes de tres columnas jónicas, verdes y esbeltos como cipreses de cementerio, tres cipreses que se deshinchaban a medida que iban creciendo y estirándose

hasta rozar los pilares del Monumento con sus ramas como dedos, como brazos y axilas que se pegaban a los arcos y destilaban en sus piedras un sudor amarillento y aceitoso.

Tras los cipreses, brotaron de la chimenea tres nuevos cúmulos redondos, rosados esta vez como la piel de tres lechones vaporosos que, llegados al mismo lugar que sus predecesores, comenzaron a hozar en los cimientos de los pilares graníticos hasta encontrar un barrizal húmedo y tibio, como de leche y asfalto.

Salieron después nubes amarillas y violetas, corderos azules y verdes, cipreses negros y magentas, cochinillos a rayas o de lunares, con puntos y líneas agrupados de tres en tres, como el mensaje de auxilio de un barco a la deriva, esferas y cilindros de un humo envolvente y pegadizo que fue cubriendo los desnudos sillares del Acueducto con el velo ruboroso de una bruma multicolor y casta.

Enterados los ediles del extraño suceso, llegaron con celeridad al Azoguejo. Rodeados por la Policía Municipal y por el corro de curiosos que se había ido congregando en torno al espectáculo, en el que no faltaban dos turistas japoneses, miraban embobados a la nube que envolvía el símbolo de su ciudad, oculto ante sus ojos por ese velo festivo e irrespirable.

«Tiene que estar ahí», murmuraban. Pero ninguno se atrevía a entrar en la nube para comprobarlo. «¡En-

tra tú!», ordenaron al sufrido policía de turno. Este, tras acordarse de su familia —la de los ediles y la suya propia, tan pequeños los hijos todavía— se colocó la máscara antigás y, como un alienígena con gorra de plato, se perdió en la niebla de colores.

«Parece que tarda en salir...», mascullaban entre dientes los ediles. Y ya se disponían a ordenar que alguien entrara a socorrerle cuando una enorme nube grasienta se descolgó sobre la plaza y todos los presentes, al grito de «tonto del último», iniciaron la desbandada.

Aquel mismo día, un pastor que guiaba sus merinas por las lastras de La Piedad, vio a una nube que resbalaba por el canal del Acueducto, que trepaba por los tejados, que se enroscaba a las torres de las iglesias y de la Catedral como el azúcar hilado de las casetas de feria.

Cuando toda la ciudad, el «navío de piedra» que en sus tiempos de escolar le habían dicho, estuvo envuelta por esa niebla, sin dar crédito a lo que sucedía, oyó entre las esquirlas de sus ovejas un ruido grave y penetrante, como la sirena de un barco.

Se restregó el pastor los ojos, rompió la botella de coñac que llevaba en su morral y, cuando la niebla, por fin, se disipó, todavía alcanzó a ver a un moderno trasatlántico de plástico y acero que, desplegadas al viento sus banderolas de colores, se alejaba, orgulloso y feliz, por la llanura.